

cio del *collar*, y que estaba enfermo, casi moribundo, en un cuarto sin fuego, se le negaba el consuelo de ver un momento á su muger, encarcelada á poca distancia de él, se daba al infame marques de Sade el cuarto mas bonito y mas cómodo de la torre de la Libertad: se le permitia entapizarlo á su gusto, y hacerse llevar de fuera cuantas viandas, vinos y licores deseaba. Ese monstruo habia hecho desollar mugeres vivas: habia intentado diseminar en las familias, con libros infames, la mas espantosa corrupcion; pero era un gran señor, y nunca habia criticado en público á los ministros, ni á las cortesanas favoritas, y poco faltaba para que ministros y gobernador lo considerasen como el hombre mas honrado del mundo. Fué sin embargo, trasladado de la Bastilla á Charenton por el motivo de que vamos á hablar.

Se estaba en el mes de Junio de 1789: varios desórdenes habian ocurrido ya en el arrabal de San Antonio, y el gobernador habia creído que debia retirar momentáneamente á Sade el permiso que se le habia dado anteriormente, de pasearse sobre la torre en que estaba encerrado. El marques al saber esta decision, prorumpe en amenazas contra el marques de Launey, y apoderándose de una especie de embudo, que servia para vaciar la agua sucia en el foso, lo convierte en bocina para gritar *fuego, me asesinan, socorro!* y meter tal alboroto, que consigue asustar á los habitantes de las cercanías de la Bastilla, quienes creyendo que se degollaba á los presos, estaban á punto de correr á las armas, cuando se logró desengañarlos. No se habia podido tranquilizar á Sade, sino prometiéndole que lo dejarían pasearse como ántes; pero en la noche se pasó á Charenton, de donde salió en 1792, y en donde volvió á ser encerrado de nuevo por orden de Napoleon, á quien habia osado enviar un ejemplar de sus infames producciones, y allí murió á poco despues.

Cagliostro y su muger, de quienes acabamos de hablar, no eran los únicos llevados á la Bastilla por el negocio del collar, pues al mismo tiempo se habia encarcelado al cardenal de Rohan, á la condesa de Lamothe, á Rosalia Briffaut, camarera suya, al baron de Planta, amigo del cardenal, á Laporte, á Grenier, á Cluzel, y por último á una bonita jóven llamada María Nicolasa Legay, alias Oliva, cuyo crimen se reducía á ser demasiado tierna de corazon, y á parecerse á la reina María Antonieta.

Oliva estaba en cinta cuando entró en la Bastilla, en la que parió, y su amante, que era una especie de caballero de industria llamado Santos Beausire, dió tantos pasos, é hizo al superintendente general de policia tan magníficas promesas, que obtuvo el permiso de ir á visitar á la madre y al niño, y de asistir á la ceremonia del bautismo.

Fué un espectáculo singular el de este bautismo para los habitantes de la Bastilla. Se habia escogido por padrino á un carcelero; la madrina era la partera de la fortaleza, Mad. Choppin, que vivia en la calle del Delfin. El padre, que por casualidad estaba adinerado entónces, quiso hacer las cosas en grande, y pidió de que un diluvio de dulces inundara la fortaleza. El carcelero no cabia

en sí de gusto: la Choppin se envanecía con su título de *partera* de la Bastilla; y Beausire se hubiera complacido con escribir en su sombrero: *yo soy el padre de ese chicuelo*. El niño fué bautizado en la iglesia de San Pablo, y luego se le volvió á llevar con su madre; pero Beausire hizo entónces inútiles tentativas para llegar hasta la hermosa Oliva, con quien en vano ofreció casarse al punto en la capilla de la prision; el gobernador fué inflexible. El matrimonio se efectuó sin embargo, pero despues, cuando la linda jóven salió en libertad.



Poco tenemos que hablar de ese inesplicable negocio del collar de la reina. Quién lo habia robado? La reina sostenia que Mad. de Lamothe, y esta afirmaba que la reina. En lo que no cabe duda es, en que el cardenal de Rohan lo habia comprado sin pagarlo, mereciendo por solo eso los pocos meses de cárcel que sufrió. La prision emperc, fué para él cosa de juego: se le habia alojado en la habitacion del mayor; lo servian sus tres ayudas de cámara, y el rey pagaba por su manutencion cuatro mil quinientos francos al mes. Mas duro fué el castigo, cuando despues de absolverlo, se le desterró á Chaise-Dieu en Auvernia.

El conde de Cagliostro y su muger fueron tambien absueltos y se retiraron á Inglaterra. El conde era un singular personage: se le tenia por mágico: se pretendia que habia encontrado la piedra filosofal. Lo cierto es que no se le conocian bienes algunos, y que vivia sin embargo como gran señor, y que se mostraba generoso y aun pródigo, sin contraer deudas. Lo que es tambien muy notable es, que escribia dos años ántes de la toma de la Bastilla, que volveria á Francia cuando esa fortaleza *estuviera convertida en paseo público*. Creemos deber insertar esa carta, notable bajo todos aspectos:

“ Bien dignos de compasion son los reyes en tener tales ministros: me refiero al baron de Breteuil mi perseguidor. Se asegura que mi valor lo ha irritado: que no puede digerir que un hombre engrillado, un extranjero encarcelado en la Bastilla, sometido al poder del digno ministro de esa horrible prision, haya elevado su voz como yo lo he hecho para darlo á conocer, así como sus principios, sus agentes, sus criaturas, á los tribunales franceses, al rey, á la nacion, á toda la Europa. Confieso que mi conducta ha podido asombrarlo; pero no he podido ménos de emplear el tono que me pertenecia. Bien persuadido estoy de que ese hombre no haria otro tanto. Por lo demas, amigo mio, sacadme de una duda. El rey me ha espulsado de su reino sin oirme: ¿así es como se espiden en Francia todas las órdenes secretas de prision? Si es así, compadezco á vuestros conciudadanos, sobre todo miétras esté encargado el baron de Breteuil de esa peligrosa secretaría. Cómo! amigo mio, vuestras personas, vuestros bienes están á merced de solo ese hombre, que puede engañar impunemente al rey, y con fundamentos calumniosos y nunca contradichos, suspender, espedir y ejecutar por medio de hombres que se le parecen, ó gozar del horrible placer de ejecutar personalmente órdenes rigurosas, que llevan al inocente á un calabozo, y entregan su casa al pillage? Me atrevo á decir que este deplorable abuso merece toda la atencion del rey.

“ ¿Estaré equivocado, y será distinto del de todos los hombres el sentido comun de los franceses, á quienes amo tanto? Olvidemos mi propia causa para hablar en general. Cuando el rey firma una orden de destierro ó de prision, ha juzgado al infeliz que sufre su rigor omnipotente; ¿pero en qué se ha fundado para juzgar? En los datos de su ministro; y éste en qué? en quejas desconocidas, en informes tenebrosos que nunca son comunicados, y aún á veces en simples rumores, en voces calumniosas, sembradas por el odio y recogidas por la envidia. La víctima sucumbe sin saber de donde parte el golpe; feliz si el ministro que la inmola no es enemigo suyo. Me atreveré á preguntar si son esos los caracteres de un juicio. Y si vuestras órdenes secretas de prision no son ni siquiera un juicio privado, qué son entónces? Creo que estas reflexiones, sabidas del rey, llamarian su atencion. Qué no seria, pues, si conociera los pormenores de los males que su rigor ocasiona? Se parecen todas las prisiones de Estado á la Bastilla? No podeis formaros idea de los horrores de ésta: la cínica impudencia, la odiosa mentira, la falsa compasion,

“ la amarga ironia, la crueldad sin freno, la injusticia y la muerte ejercen allí su imperio. Un silencio bárbaro es el menor de los crímenes que se cometen. Yo llevaba seis meses de estar á quince pasos de mi muger, y lo ignoraba. Otros cuentan treinta años de estar sepultados allí, pasan por muertos, sienten no estarlo, y no tienen, como los condenados de Milton, mas luz en su abismo que la indispensablemente necesaria para percibir el impenetrable espesor de las tinieblas que los circundan. Solos estarian en el universo, si no existiera el Eterno, ese Dios bueno y eminentemente poderoso, que les hará justicia un día á falta de los hombres. Sí, amigo mio, lo he dicho cautivo, y lo repito libre; no hay crimen que no se expie con seis meses de Bastilla. Se pretende que no faltan en ella ni atormentadores ni verdugos: trabajo me cuesta creerlo. Preguntándome uno si volveria á Francia, en caso de que se levantara la prohibicion que me lo impide, le contesté yo: seguramente, *con tal de que la Bastilla esté convertida en paseo público*. Quiéralo Dios! vosotros los franceses tenéis cuanto se necesita para ser felices: suelo fecundo, clima apacible, buen corazon, carácter alegre, génio y gracia á propósito, sin iguales en el arte de agradar, sin maestros en los demas, no os falta, mis buenos amigos, mas que una cosita; estar seguros de dormir en vuestras casas, cuando de nada sois culpables. Pero y el honor! y las familias!... Las órdenes secretas de prision son un mal necesario. Qué simples sois en dejaros alucinar con esos cuentos!

“ Digno es de vuestros parlamentos trabajar en esta feliz revolucion, que no es difícil sino para las almas débiles: el secreto consiste en prepararla bien, y nada mas. No debe procederse con precipitacion, pues cuenta con el interés bien entendido de los pueblos. Tómense por lo mismo el tiempo necesario, el tiempo, primer ministro de la verdad; el tiempo, con que se afirman y consolidan las raices, así del bien como del mal, del valor, de la paciencia, la fuerza del leon, la prudencia del elefante, la sencillez de la paloma, y esta revolucion tan necesaria será pacífica, condicion sin la que no hay que pensar en efectuarla.”

Esta carta, impresa repetidas veces desde 1789, fué encontrada por el pueblo en la Bastilla, despues de la toma de esta fortaleza. Cómo habia sido llevada allí? Nadie sabria decirlo; pero no por eso es ménos indudable la autenticidad de ese documento.

De todas las personas encerradas en la Bastilla con motivo del negocio del collar de la reina, una sola, la condesa de La Mothe, fué sentenciada, espresándose en el fallo que seria azotada, marcada, y que sufriria una reclusion perpetua. Esa desventurada, que habia sido amiga íntima de la reina María Antonieta, sufrió en efecto el horrible suplicio del látigo y de la marca, y fué luego encerrada en la Salitreria; pero á poco salió de allí, sin haber obtenido indulto ni conmutacion de pena, y salió tranquilamente, á la mitad del dia, por la puerta prin-

cipal, sin que nadie se opusiera á su salida, pues léjos de eso, encontrándose cerrada la reja, y ausente el portero, uno de los principales empleados que se encontraba allí, fué á buscarlo y le mandó abrir. La condesa subió á una silla de posta y pasó á Londres; y aunque este episodio no fué el ménos singular del negocio, no lo aclaró.

Los últimos presos de alguna importancia encerrados en la Bastilla fueron doce diputados enviados al rey por la nobleza de Bretaña. Después de la asamblea de los notables, y á consecuencia del rumor de la próxima convocacion de los estados generales, gran número de nobles bretones se habian reunido en Vannes y en Saint-Brieux. Todos estaban descontentos de los ataques dados á las franquicias de su provincia, y creyendo que era oportuna la ocasion para hacer nuevas reclamaciones, se redactó una esposicion, y se nombraron doce diputados para llevarla á presentar al rey. Se llamaban el marques de La Féronnière, de Montluc, de Carné, de Trémergot, de La Rouerie, los condes de Nétumières, de Raedièrre-Peinboët, de La Fruglaye, de Geer, de Chatillon, y el vizconde de Cicé. Llegaron á Versalles el 14 de Junio de 1788. La policia los esperaba: se les espío sin que lo sospecharan, todo el dia de su llegada, y en seguida se les aprehendió y condujo á la Bastilla, en la noche del 15 al 16.

Pero ya esta fortaleza era ménos temible que ántes: la mágica palabra *libertad* comenzaba á hacer palpar los corazones: la audacia del despotismo disminuía de dia en dia: todo aunciaba una próxima regeneracion: el pueblo no tenia ya necesidad de contarse para conocer su fuerza, ni esperaba mas que una oportunidad para mostrar su omnipotencia. Esa oportunidad no podia tardar en presentarse.

XIX.

El fabricante Réveillon en la Bastilla.—El palacio real.—Preparativos de defensa de la Bastilla.—El pueblo en los Inválidos.—El gobernador recibe á los diputados enviados por la junta de las casas consistoriales.—Combate.—Rasgos de valor.—Toma de la Bastilla.—Presos encontrados en ella.—Cadáveres encadenados hallados allí tambien.—La Bastilla convertida en paseo público.

El año de 1788 habia sido de los mas calamitosos, pues en casi todas las provincias se habian helado todas las cosechas. Desde el mes de Octubre se hizo sentir el hambre, que llegó á ser terrible, á virtud de las maniobras de los monopolistas. Al mismo tiempo se reanimaba la vieja disputa del parlamento y de la corte: por ambas partes se queria conquistar el apoyo del pueblo, desdenado por tanto tiempo. El parlamento comenzó por renovar los principales artículos de la declaracion de la cámara de San Luis, que habia provocado la guerra de La Fronda. La corte respondió á este acto de hostilidad convocando los estados generales para el 5 de Mayo de 1789, y declarando que el número de los diputados del estado llano, seria igual al de los otros dos estamentos reunidos.

Si esto no alivió los padecimientos físicos del pueblo, aumentó sí sus legítimas esperanzas, y él olvidó todo para no ocuparse sino de las elecciones. Paris se dividió en sesenta distritos, que trabajaron todos al punto en la redaccion de los cuadernos en que se relataban todas las reformas que convenia practicar, y que debian servir de guías á los diputados. No se olvidó á la Bastilla en esos cuadernos, pues todos pedian su destruccion y la abolicion de las órdenes secretas.

No podia hacerse todo esto sin que resultara una grande agitacion: en los muelles, en los baluartes, en las plazas públicas, se formaron diariamente clubs, en que se discutian con vehemencia los asuntos del momento. De todas esas reuniones, ninguna era tan numerosa, ninguna ejercia tanta influencia sobre el pueblo, como la que habia dia por dia en el jardin del Palacio Real. Allí se hacian oír Camilo Desmoulins y Danton, oradores entusiastas que comenzaban su carrera política, y denunciaban sin pasion las tramas de la corte, en la que se pensaba en tomar medidas contra esa efervescencia popular.

Entretanto el hambre continuaba diezmando las familias pobres, al mismo